



Scotty, a los veinte y pocos años, durante un permiso en la costa cuando era paracaidista (San Diego, 1944).

www.elboomeran.com

Scotty Bowers
con Lionel Friedberg

Servicio completo

La secreta vida sexual
de las estrellas de Hollywood

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Full Service

Grove Press

Nueva York, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Daniel Horowitz

Primera edición: octubre 2013

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2013

© Scotty Bowers y Lionel Friedberg, 2012

Published by arrangement with Lennart Sane Agency AB

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2601-2

Depósito Legal: B. 17710-2013

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígono El Pla

08750 Molins de Rei

Para Don, Donna y mi querido bebé, Maxie

SCOTTY BOWERS

*Para todos aquellos que tienen la honra-
dez y la valentía de ser distintos*

L. F.

NOTAS DE LOS COAUTORES

Este manuscrito se basa en mi memoria y, en la medida de mi capacidad, refleja personalidades e incidentes reales tal como los recuerdo.

SCOTTY BOWERS

La fuente de este manuscrito son las prácticamente ciento cincuenta horas de entrevistas grabadas con Scotty Bowers. Sólo he añadido detalles concretos relativos a estudios, producciones y diversos rodajes para completar los datos de Scotty, en especial cuando él no los recordaba con exactitud.

LIONEL FRIEDBERG

PREFACIO

Aunque no soy hombre tímido siempre he sido reacio a revelar detalles de mis acciones, sobre todo para respetar la intimidad de las personas con quienes me he cruzado en la vida. Pero la verdad es que durante años me han instado a escribir sobre mis experiencias para conocimiento de los demás. Hace unas décadas mi buen amigo Tennessee Williams empezó a escribir el relato de mi vida y antes de que viera la luz le pedí que lo destruyera. Ahora, en mis días de declive —cumpliré ochenta y nueve el próximo año—, me siento obligado a contar mi historia.

No hace mucho que tomé esta decisión, un día en que conducía mi coche hacia el este por Hollywood Boulevard. Había ido a ver a un amigo a Westwood y me dirigía a una de mis dos casas para recoger el correo. Era una perfecta tarde de verano del sur de California. No había demasiado tráfico y mi perra Baby, cómodamente enroscada a todo lo largo del asiento trasero, asomaba el hocico por una ventanilla. Pasamos por delante del Mann's Chinese Theatre, donde una multitud de turistas agolpados en el patio miraba las manos y las firmas de sus actores favoritos grabadas en el cemento. Entre la multitud circulaba gente disfrazada de personajes de éxitos de taquilla. Más allá de la manzana, unos visitantes congregados en el patio

delantero del Kodak Theatre admiraban el pasillo triunfal donde todos los años la famosa alfombra roja recibe a las estrellas en la gala de los premios de la Academia. En el Capitan Theatre, en la acera de enfrente, centelleaba un derroche de luces y pululaba otra muchedumbre. Era un día cualquiera de Hollywood.

Incluso para mí, al cabo de todos estos años, el nombre mismo de Hollywood evoca imágenes de un fantástico universo ficticio. Es un mundo palpitante de energía, emoción, complacencia y hasta declive. Esta ciudad es un desmadre desquiciado, estrafalario, encajado entre un desierto abrasador y el vasto océano Pacífico. Ha sido mi hogar durante casi siete décadas. Aquí he disfrutado de una vida fabulosa desde que eché raíces tras licenciarme de los marines al acabar la Segunda Guerra Mundial. Amo este lugar y a toda su gente. La historia que me dispongo a narrar sólo podría haber sucedido aquí. Esta ciudad es el lugar de encuentro de almas extraviadas, de excéntricos, de personas que no siguen los caminos trillados de la mayoría.

Mientras recorría Hollywood Boulevard, mi coche cruzó Highland Avenue. Miré alrededor y advertí los muchos cambios que se han sucedido desde aquellos tiempos. Hace mucho que ha desaparecido el repique metálico de los viejos tranvías. Las funciones que ofrecen cines como los Pantage son muy distintas de las de antaño. Se han construido y demolido edificios. En la acera todavía reluce el terrazo incrustado y las estrellas de latón que honran a las muchas personas de talento que han trabajado en las industrias del cine, la televisión, la radio y la música. El lugar donde en otro tiempo desfilaban mujeres enjoyadas y con abrigos de pieles, enlazadas del brazo de hombres apuestos, vestidos de esmoquin, lo ocupan ahora sobre todo turistas durante el día y, después de anochecer, borrachos, camellos y personas sin techo. Seguí conduciendo durante unos tres kilómetros. El gentío fue disminuyendo hasta que las aceras se

quedaron desiertas. Me detuve al llegar a Van Ness Avenue. La cara de Baby apareció encima de mi hombro y me lamió una oreja. Tenía curiosidad. ¿Por qué habíamos parado? Su rabo oscilante golpeteaba contra el asiento trasero. ¿Cómo explicárselo? Le tiré del hocico y miré el cruce, ahora transformado en el solar de una gran construcción.

Allí se estaba levantando un nuevo cuartel para el cuerpo de bomberos de Los Ángeles. Como una esclusa que se abre de repente, me invadieron infinidad de recuerdos. En aquel preciso lugar, el lugar donde ahora había grúas, hormigoneras y andamios metálicos, era donde todo había empezado para mí. En otro tiempo ocupaba aquella esquina una gasolinera. Poco después de haber llegado aquí, de joven, trabajé en ella sirviendo gasolina. Pero no tardé mucho en aprender a hacer otras cosas. Gracias a una serie de extraordinarios incidentes me vi enredado en un mundo frenético de intrigas sexuales que pocas personas pueden siquiera imaginar.

Al correr del tiempo se congregaban secretamente en aquella pequeña gasolinera más personalidades de Hollywood que en ningún otro sitio de la ciudad. Era un escenario donde se presenciaba tanta acción como en el plató más bullicioso. El lugar se convirtió en un imán para quienes buscaban emociones carnales y todo tipo de escapismo. La gasolinera atraía, como la típica llama a una polilla, a un desfile de estrellas del cine y a otras faunas. Me convertí en el hombre de referencia que complacía en la ciudad cualquier deseo de la gente. Y satisfacía las necesidades de todo el mundo. Yo tenía todo lo que el personal quería. Hacía que se cumpliesen todas las fantasías. Por escandalosos y estrambóticos que fuesen sus gustos, yo era el que sabía conseguir exactamente lo que buscaban. Hetero, gay, bisexual, joven o viejo: disponía de algo para todos. La brigada antivicio y la prensa acechaban sin descanso desde el margen, aguardando ansiosas para abalanzárseme. Pero siempre me las ingeniaba para esquivarlas.

La gasolinera fue el portal que al final me dio acceso a un mundo selecto donde el sexo de gran calidad lo era todo. Me he dedicado a muchas cosas en mi vida pero, para ser sincero, lo que realmente me motivaba era hacer feliz a la gente. Y lo conseguía a través del sexo. Concertar relaciones sexuales para personas de todas las clases sociales se convirtió en mi razón de ser. Cuando llegué aquí las estrellas de cine eran propiedad de los estudios, que habían hecho grandes inversiones en ellas. Naturalmente, tenían que proteger sus inversiones. Pero la gente seguía queriendo sexo. Y allí estaba yo para ayudarles. Además, hay que recordar que en aquella época había cantidad de gays trabajando en los estudios. Los que estaban detrás de la cámara podían ser más abiertos en su vida privada, pero los actores y los directores importantes tenían cláusulas de «moralidad» en sus contratos y las habrían violado comportándose abiertamente como gays o bisexuales.

Acabé cambiando de trabajo. Dejé la gasolinera y llegué a ser uno de los barmans más atareados de Los Ángeles. En mi nuevo oficio conquisté el acceso a los sanctasanctorum de la realeza de Hollywood. Me movía en las más altas esferas. Nada me estaba vedado. Fueron tiempos asombrosos, embriagadores, sin preocupaciones y desenfrenadamente eróticos. Aquella época no volverá nunca. Las actividades licenciosas y el libérrimo estilo de vida que gozamos en esta ciudad fueron únicos en su momento.

Sentado en el coche con Baby aquella tarde de verano cobré conciencia del paso de un número incalculable de años. Empecé a evocar a amigos queridos y maravillosos, todos ellos fallecidos mucho tiempo atrás. Oh, pensé, Kate, Spence, Judy, Tyrone, George, Cary, Rita, Charles, Randolph, Edith, Vivien, ¿dónde estáis todos? ¿Me miráis desde donde estáis y os reís al verme meditando sobre el modo en que se entrecruzaron nuestras vidas? ¿Qué debo hacer con todas las aventuras increíbles que disfrutamos juntos? ¿Qué pensáis, almas hermosas, de la

nostalgia que ahora me está embargando? ¿Estoy resucitando momentos del ayer sólo porque quiero desempolvarlos y desecharlos o porque quiero abrillantarlos y atesorarlos con mayor ternura?

Baby me lamía la oreja y desperté de mi ensueño. Recordé que en mi pasado no sólo hubo artistas de cine. Hubo políticos, jueces, banqueros, médicos, empresarios, columnistas de prensa y hasta reyes y reinas. No todos eran ricos y famosos. Había también hombres y mujeres corrientes y normales cuyos nombres he olvidado. Pero los conocí a todos. Íntimamente.

Arranqué y me fui. Comprendí que dondequiera que mirase, en las afueras, los bulevares, las callejas, los estudios, los clubs nocturnos, las mansiones de las colinas, había una esquirola de mi pasado. Hay tanto que recordar. Mi mente repasó perezosamente interminables carpetas mentales que contenían imágenes de fiestas glamourosas, de salvajes orgías al borde de piscinas, de fines de semana en hoteles lujosos, de camerinos, de concurridos platós de rodaje, de lugares oscuros donde chocaban cuerpos con un vigor electrizante, de fantasmales encuentros de mujeres espléndidas y jóvenes viriles, de una magnífica variedad de todo género de sexo apasionado.

La verdad, conocí Hollywood como no lo ha conocido nadie.

1. LA FÁBRICA DE SUEÑOS

En 1946 yo tenía veintitrés años y la ciudad de Los Ángeles vivía un magno periodo de desarrollo posbélico. Aunque la zona metropolitana podía presumir de poseer un sistema completo de autobuses y tranvías, la era de las autopistas estaba a punto de empezar. Como había que abastecer a la industria bélica, no se habían fabricado automóviles desde 1942. Ahora la producción experimentaba un nuevo auge. El automóvil se disponía a ser el rey y a fijar una tendencia que haría que Los Ángeles creciera en torno a los coches y a la vasta red de autopistas. Las gasolineras no tardarían en ser un emblema icónico del paisaje y ya surgían por todas partes. Muchas se convirtieron en lugares de encuentro para jóvenes soldados recién licenciados de las fuerzas armadas. Con su animación a altas horas de la noche, sus accesos brillantemente iluminados y sus máquinas expendedoras de refrescos, eran el sitio ideal para que chicos sin empleo merodeasen con sus novias, pasaran el rato y se reunieran con amigos.

Russ Swanson, un ex compañero mío del cuerpo de marines, trabajaba en una gasolinera de la Union Oil en Wilshire Boulevard. De vez en cuando me pedía que le ayudara desde las ocho de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde, la hora en que yo me iba a trabajar a la gasolinera nocturna de

Hollywood Boulevard. Una mañana recibí una llamada suya diciendo que necesitaba que le sustituyera durante un par de horas, así que me dirigí a su puesto y me ocupé de los surtidores. Era un día precioso, claro y soleado, y no esperaba que hubiese mucho tráfico. Con un clima así la gente solía ir a la playa; no pasaba mucho tiempo dando vueltas en un coche caliente y asfixiante. Me resigné a lo que se presentaba como una jornada aburrida.

A eso del mediodía, cuando Russ volvió, estuvimos charlando un rato. Luego, justo cuando yo iba a marcharme, llegó un reluciente Lincoln cupé de dos puertas. Era un automóvil grande, caro, elegante. Sólo alguien rico y famoso podía conducir un coche así. Como Russ estaba ocupado en la oficina yo atendí al cliente. Cuando me acerqué al lado del conductor bajó la ventanilla y apareció la cara de un hombre muy guapo y de mediana edad al que yo estaba seguro de haber visto antes.

—¿Puedo ayudarle, señor? —pregunté.

El hombre al volante sonrió, me miró de arriba abajo y dijo:

—Sí, segurísimo que puedes.

Fue la voz la que le delató al instante. Dios mío, comprendí, este tipo no es otro que el renombrado actor Walter Pidgeon. Yo le recordaba por películas como *Qué verde era mi valle*, *La señora Miniver* y *Madame Curie*. Aquella característica voz grave, suave y que parecía la de alguien muy inteligente se reconocía al instante. Pensé que sería mejor fingir que no sabía quién era y farfullé una respuesta.

Llené el depósito con la cantidad de gasolina que me había pedido y cuando volví a la ventanilla del conductor, Pidgeon tenía la mano encima de la puerta. Sujetaba unos dólares entre el índice y el pulgar y estrujaba otro billete nuevecito entre el índice y el corazón. No distinguía de cuánto era el billete pero me detuve al verlo. La mirada de Pidgeon seguía clavada en mí.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? —me preguntó con un tono muy amistoso, pero sin alterar su semblante inexpresivo.

Bueno, no era muy difícil adivinar lo que quería. Capté el mensaje al vuelo.

Cogí el dinero, le di las gracias y fui a decirle a Russ que me marchaba. Un par de minutos más tarde estaba en el cómodo asiento de cuero del copiloto en el coche de Pidgeon. Ninguno de los dos habló cuando salimos de la gasolinera y enfilamos hacia el oeste por Wilshire Boulevard. Tras unos minutos de silencio embarazoso me tendió la mano derecha y dijo: «Me llamo Walter.»

—Scotty —dije, y le estreché la mano.

Y eso fue todo, el relato completo de nuestra presentación. Lo demás fueron bromas y palique ocioso. Hablamos de la guerra que había terminado el año anterior y comentamos mi participación en ella en el cuerpo de marines. Me preguntó qué edad tenía, de dónde era y si conocía a mucha gente en la ciudad.

Unos veinte minutos más tarde subíamos Benedict Canyon, en Beverly Hills. Metió el coche en un sendero asfaltado que llevaba a una casa grande. Al girar el volante señaló las verjas imponentes del otro lado de la calle.

—¿Te gustan las estrellas de cine? —preguntó.

—Claro, ¿por qué? —contesté.

Indicó con un gesto el sendero de entrada opuesto y me dijo que allí vivía Harold Lloyd, el famoso actor del cine mudo.

Susurré un asombro fingido. Quería que creyera que me impresionaban las celebridades, pero tenía que mantener mi pose de que no le había reconocido a él. Cuando la gravilla crujió bajo las ruedas aparcó el Lincoln delante de una enorme casa de aspecto lujoso, me miró de reojo y dijo que el hombre que vivía allí era amigo suyo. *Sí, ya*, pensé. Fuera quien fuese era sin duda algo más que un «amigo». Sin embargo, me reservé estos pensamientos. El billete de más que me había dado

—uno de veinte dólares— significaba mucho para mí. Tenía cosas en que gastarlo, desde luego. Tramaran lo que tramasen Walt y su amigo, decidí seguirles la corriente.

Saqué las piernas del auto, cerré la portezuela y me reuní en el pórtico con Pidgeon, que llamó al timbre. Cuando Jacques Potts abrió la puerta se sorprendió al verme.

Saludó a Pidgeon y luego me miró de arriba abajo como si estuviera examinando una mercancía. Tuve la sensación de que le gustó lo que veía. Potts nos condujo a través de su vivienda palaciega hasta la piscina del jardín trasero y después se dio media vuelta y desapareció dentro de la casa. Pidgeon se me acercó y me dijo:

—Hace calor, Scotty. Date un chapuzón. Yo vengo dentro de un minuto.

Se volvió para entrar en la casa pero no sin antes lanzarme una observación rápida.

—No necesitas traje de baño. Aquí no hay nadie más.

¿*Qué diablos?*, pensé. ¿*Qué más da?* Así que me desvestí, tiré la ropa encima de una tumbona y me lancé totalmente desnudo al agua centelleante. Estaba deliciosa. Nadé uno o dos largos antes de que Potts reapareciera, seguido por Pidgeon, que sólo cubría su desnudez con una toalla alrededor de la cintura. Eligieron sendas tumbonas, se recostaron y me miraron.

—Háblame de este nuevo amigo tuyo, Pidge —dijo Potts.

Al parecer a Pidgeon todos los amigos le llamaban Pidge. Me estaban evaluando, examinando, midiendo. Yo era un juguete que se inspecciona meticulosamente antes de meterlo en el corralito. Y a decir verdad disfrutaba de cada segundo de la situación.

Al cabo de una hora de sexo realmente cachondo, precedido por la felación que ambos me oficiaron por turnos, los tres nos desahogamos y nos relajamos alrededor de la piscina. Para entonces, por supuesto, Walter Pidgeon ya me había revelado su verdadera identidad. Yo fingí una absoluta sorpresa. Carras-

peé, me trabuqué e hice grandes aspavientos, esforzándome en parecer a la vez intimidado y emocionado por su mera presencia, lo cual, para ser sincero, era verdad. En cuanto a Jacques Potts, pronto supe que su nombre auténtico era Jack y que Jacques era un nombre francés de fantasía que se había inventado en consonancia con su profesión de conocido sombrerero de estrellas.

Resultó que los dos estaban casados. La mujer de Pidgeon era Ruth Walker y se había casado con ella en 1931. Aquel día, antes de marcharme, me pidió que le jurara silencio y me suplicó que no mencionara nada a nadie de lo que había ocurrido entre nosotros. Le dije que era totalmente capaz de ser tan discreto como fuera necesario e instintivamente supe que me creía. La mujer de Potts estaba fuera de la ciudad. Y como él y Pidge habían acordado verse aquel día, habían dado la jornada libre a los criados y el jardinero. Era una oportunidad perfecta para retozar bajo el sol abrasador del sur de California.

Pidge y Potts eran los dos muy agradables, encantadores, unos chicos muy simpáticos. Los dos eran finos, bien educados y muy ricos. Sus modales eran impecables. Ninguno de los dos exhibía un asomo de conducta afeminada. Ambos disfrutaban también de una notable buena forma física, teniendo en cuenta su edad. Walter Pidgeon debía de tener cincuenta como mínimo en aquella época. Potts quizá era un poquito más viejo. Eran plenamente masculinos en todas sus maneras y en el modo de moverse, hablar y comportarse. Lo único que les diferenciaba un poco de los heterosexuales era el hecho de que gozaban del sexo tanto con hombres como con mujeres. Y, con toda franqueza, yo no veía nada malo en eso.

Como consecuencia de nuestro encuentro, Pidge y yo nos vimos de vez en cuando durante los siguientes años, siempre para una sesión de sexo seguida de una generosa propina. Su preferencia era mamármela mientras se masturbaba. Llegaba al orgasmo en el mismo momento en que yo alcanzaba el mío. En

las raras ocasiones en que en años posteriores nos reuníamos con Jacques Potts, los tres componíamos traviosos e inventivos *ménages à trois*. A veces yo hacía de voyeur mientras ellos dos se dedicaban a lo suyo y Jacques servía de «base» a la «peonza» de Pidge. ¿Entienden lo que quiero decir? Estoy seguro de que no tengo que explicarlo. Lo cierto es que, hiciéramos lo que hiciésemos, y cada vez que lo hacíamos, siempre lo pasábamos en grande.